

Capítulo I  
Las desapariciones




***Cala del Rincón de la Galera, Cabo de Palos.***

***Sábado 11 de septiembre de 1563.***

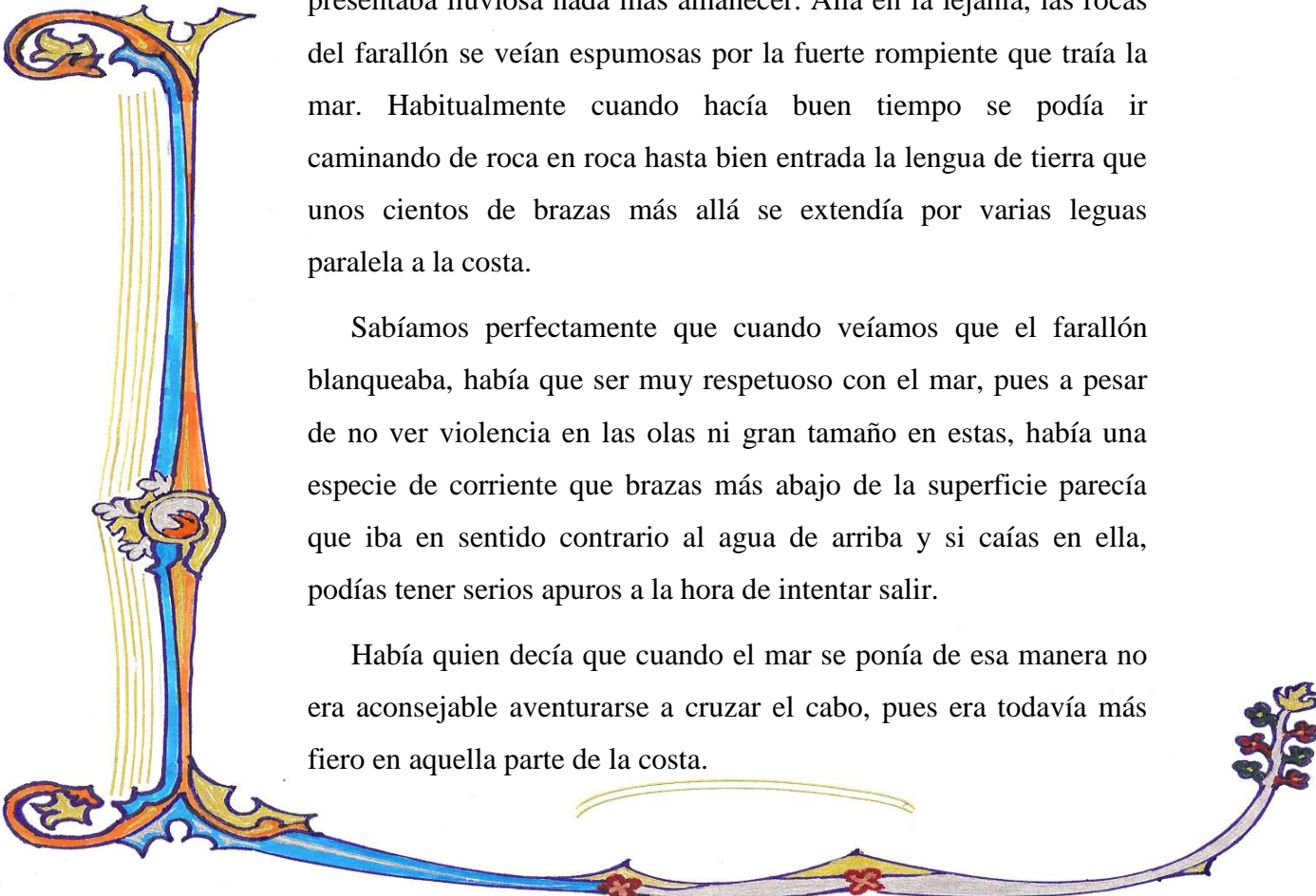
***Buque de guerra San Andrés.***

*Bendita sea la luz  
y la Santa Vera Cruz  
y el Señor de la Verdad  
y la Santa Trinidad  
bendita sea el alba  
y el Señor que nos la manda  
bendito sea el día  
y el Señor que nos lo envía*

 El paje realizaba la tradicional oración de la mañana. Ésta se presentaba lluviosa nada más amanecer. Allá en la lejanía, las rocas del farallón se veían espumosas por la fuerte rompiente que traía la mar. Habitualmente cuando hacía buen tiempo se podía ir caminando de roca en roca hasta bien entrada la lengua de tierra que unos cientos de brazas más allá se extendía por varias leguas paralela a la costa.

Sabíamos perfectamente que cuando veíamos que el farallón blanqueaba, había que ser muy respetuoso con el mar, pues a pesar de no ver violencia en las olas ni gran tamaño en estas, había una especie de corriente que brazas más abajo de la superficie parecía que iba en sentido contrario al agua de arriba y si caías en ella, podías tener serios apuros a la hora de intentar salir.

Había quien decía que cuando el mar se ponía de esa manera no era aconsejable aventurarse a cruzar el cabo, pues era todavía más fiero en aquella parte de la costa.



Sin embargo dos horas después de haberme levantado pude ver cómo una chalupa se dirigía hacia nosotros desde más allá del cabo, traía izada la vela y varios hombres ayudaban con remos, veíamos que desaparecía de nuestra vista, debido a que las olas la hacían situarse por debajo de ellas.

Al ir acercándose a la costa, el fuerte oleaje levantaba el chinchorro y le hacían desplomarse tras de sí. El ruido con que golpeaba el mar cuando caía, las gotas de agua pulverizada y el bramido de la ola rota hacían comprender enseguida que el oficio de la mar sólo estaba reservado para unos pocos hombres y muy especiales.

En la chalupa, venía el comandante mayor Hernán de Mohedano, hombre alto y fornido, con el pelo entrecano, gallego de nacimiento y apreciado por quien le conocía. Había entrado al servicio del rey Carlos I con catorce años, empezando de grumete en barcos menores, había comentado en algunas ocasiones que conocía la tablazón de casi todos los barcos de la armada como la palma de su mano, de tantas veces como los había baldeado y fregado, más adelante ascendió y mandó dieciséis navíos y otros buques de menor importancia, llegando a alcanzar el grado anteriormente mencionado; a pesar de ser un buen lobo de mar y llevar en su respiración el sabor salino, y en su mente el eco de las olas, había contraído una enfermedad que le agarrotaba las piernas con la humedad de tantos días en la mar, sobreviniéndole unos dolores terribles; pero, gracias al Almirante Villarejo muy amigo suyo, lo destinaron a tierra a labores de índole “muy especial”.

Al llegar a tierra preguntó por nuestro capitán; le acompañamos a su cámara, se saludaron y se encerraron en el interior durante bastante tiempo, salieron a la hora de la comida, después tomaron un aguardiente y volvieron a encerrarse, el trato entre ambos se vio formal y respetuoso, sin dejar por ello de ser cordial.

Nuestro capitán estaba muy preocupado pues en las últimas singladuras siempre desaparecía un hombre pero nunca ocurría en tierra sino que era en plena navegación, habían sido seis marineros y entre la tripulación empezaba a reinar algo de temor. La expectación y la incertidumbre se apoderaban lentamente de los hombres, pues todos se preguntaban si esto había acabado ya, y si no era así, a quién le tocaría la próxima vez.

El capitán Losilla había enviado información de todo lo sucedido al almirante de la flota de galeras de España, tal y como establecía el protocolo. Ya que, como responsable directo de la vida de sus hombres, no quería perder ningún marinero si no era en la batalla.

Pudimos saber aquella misma tarde que el objeto que había traído al mayor a nuestro buque no era otro que investigar las desapariciones de los infortunados marineros. Hernán de Mohedano nos hizo llamar uno a uno, y en presencia del capitán nos fue preguntando. Como yo era el encargado de las letras y números del barco empezó conmigo el interrogatorio.

Sobre las siete me hicieron llamar. En la cámara del capitán estaban ambos, sentado en la mesa se situó el Mayor mientras que a su lado y en un lugar secundario se situó Losilla.

Después de unas preguntas que yo creí de rigor como ¿cuánto tiempo llevaba embarcado? ¿En cuántos barcos había servido? Y otras similares, creí entender que empezaron las preguntas en serio.

— ¿Conocéis, chico, a toda la tripulación?

—Sí señor, a todos.

—¿A quién de ellos conocéis menos?

—A un onubense llamado Francisco de Coria, lleva sólo tres meses y no nos hablamos mucho.

—¿Cuál diríais que son las causas de esas desapariciones?

—Ignoro la respuesta a esa pregunta.

— ¿Recordáis sobre qué día de singladura desaparecen los hombres?

—No suele haber una norma en ello, aunque, si me dais, señoría, un tiempo, en el cuaderno de a bordo figurarán los días que no se presentaron.

—¿Recordáis si habían otros buques cercanos en esos días?

—Debo suponer que no, pues no recuerdo habernos cruzado con más de dos o tres goletas.

—Necesitaría saber quiénes eran realmente los marineros y si tenéis algún dato escrito de parientes, amigos, etc. Traédmelo aquí en cuanto lo tengáis, después de estudiarlos continuaremos las entrevistas. Capitán, ¿cuándo tenéis previsto zarpar?

—En dos o tres días máximo. Estoy esperando instrucciones del almirantazgo — contestó Losilla.

—Creo que en las costas de Cartagena los berberiscos están constantemente haciendo incursiones y es necesario mantenerlos a raya. Es probable que tengáis que regresar.

—Sí. No se resisten a volver a su tierra, ésta la consideran todavía como suya.

Estaba empezando a caer la tarde, el cielo se había ido despejando por el horizonte de poniente, y aunque todavía lloviznaba se había levantado un fuerte ventarrón, en el ocaso. El sol se veía cayendo y tintaba de intensos colores rojos las cada vez menos abundantes nubes. Entre los marineros era frecuente la creencia de que, cuando el cielo adquiría esa tonalidad los días sucesivos iban a ser duros en la mar, se creía que el sol se marchaba a dormir irritado y que así se levantaría al día siguiente.

Durante la noche me dediqué a recopilar los datos que me había pedido el Mayor. En las listas de embarque figuraban pocos datos, y en algunos casos no eran verídicos, ya que algunos marineros huían con frecuencia de alguna fechoría cometida en tierra y ocultaban datos que pudieran identificarles.

Sin embargo entre la tripulación y con la convivencia diaria se llegaba a conocer a casi todo el mundo con bastante detalle.

El primero que desapareció se llamaba Juan Mena, en la lista de embarque figuraba como natural de Adra. Sus padres eran Juan y Luisa y había sido pescador hasta que se enroló en la armada, contaba entonces veintiún años. En el momento de la desaparición tenía veintisiete, no se le conocía ni esposa ni novia. Se echó en falta en la madrugada del siete de mayo cuando no se presentó al relevo de su guardia. Habíamos partido de Ibiza y nos dirigíamos a Altea, era el segundo día de travesía. Nadie escuchó el chapoteo en el mar ni ningún grito, ni siquiera el de “hombre al agua”.

En la singladura siguiente de Altea a Tarragona, faltó a la quinta comida Francisco Fernández, de Águilas, ya no se le volvió a ver ni vivo ni muerto. Este hombre sí estaba casado con María Molina, tenían cinco hijos y había sido agricultor.

En la tercera travesía, que fue una de las más duras que últimamente hemos sufrido, nos llevó de Tarragona a Menorca con un tiempo tormentoso por las aguas del norte de Mallorca, que son muy profundas y bravas, donde en ocasiones se han visto olas tan altas como las que se pueden observar en las galernas del Atlántico o del Cantábrico. En esta ocasión, fue Rafael Lorenzo, de Mengíbar quien desapareció estando en el puente y gobernando el timón. En plena madrugada, pasadas dos horas de la media noche, observó el Alférez de Guardia moverse sin control la caña del timón, buscó en vano a Rafael y mandó buscarlo por entre la dotación sin éxito alguno, era el penúltimo día de navegación, veintidós de junio. Rafael era hijo de Ángel y Asunción y estaba prometido a Úrsula que contaba veinte años, él tenía veintitrés y cuando llegáramos a Cartagena se iba a desembarcar definitivamente.

El veintisiete de junio, después de aprovisionarnos de víveres y agua dulce, partimos en dirección a Alicante. Se nos habían unido dos marineros nuevos de la isla de Menorca, eran Felipe y Antonio, ambos jóvenes atraídos por las aventuras marineras y el afán de visitar nuevas tierras habían solicitado al capitán permiso para unirse a la tripulación como grumetes.

El capitán había decidido aceptarlos para compensar las bajas de los otros desaparecidos, pero al conocer esto, Mohedano reprendió a Losilla por tal hecho aconsejándole que en lo sucesivo se abstuviera hasta resolver el caso, de reclutar a nadie desconocido para la armada y que en caso de necesitar algún marinero más lo solicitase al Cuartel del Rey en Cartagena.

Como iba relatando estábamos en las cercanías de Alicante cuando el buque echó anclas a dos millas del embarcadero, nos faltaban sólo un par de horas para llegar, pero aunque la distancia no era grande, la fuerza del viento había amainado tanto que era imperceptible, y estaba empezando a caer la noche así que el capitán decidió esperar al día siguiente para entrar a puerto.

Esa noche desapareció Jesús Sánchez, nacido en Cádiz, embarcado en mil quinientos cincuenta y dos, a causa de una disputa de amor en la que causó graves heridas a un hombre por culpa de la mujer que él quería, y que aunque era correspondido por ella, sus padres la habían prometido desde muy joven a un hombre veintidós años mayor que ella, gordo, sudoroso, calvo y feo, pero bien acomodado. Jesús, nos había contado en varias ocasiones el lance de la pelea. Recuerdo hoy todavía cómo se le desfiguraba la cara cuando relataba el momento en que su navaja vino a clavarse en el cuerpo del infortunado contrincante. Siempre nos decía que nunca quiso hacerle daño, sino asustarle, se ve que la justicia también entendió esto último y la pena que le impuso fue destierro de por vida, ya que las heridas no fueron mortales y en poco tiempo el hombre mejoró, de su amada sólo pudo saber que tuvo cuatro hijos pero que fue muy infeliz, pues quería a Jesús y su marido, que siempre lo supo, le dio muy mala vida por ello.

Jesús dormía en el sollado de proa, su coy permaneció toda la noche sin estirar, la placidez de las aguas ayudó al buen dormir de la tripulación que no observó su falta hasta el amanecer, hora en la que ya era demasiado tarde para buscar cualquier rastro.

Al estar el barco fondeado y el mar tranquilo, a todos nos parecía extrañísimo no haber oído el chapoteo de las aguas al caer el cuerpo, no obstante se botó un chinchorro con la intención de buscarlo y eso hicimos todo el día, pero sin éxito, alrededor de las

seis de la tarde el capitán dio orden de llegar a puerto, donde decidió dar la noche libre a las dos terceras partes de la tripulación para que bajaran a tierra.

Al día siguiente todo amaneció tranquilo, el capitán envió de nuevo a buscar el cuerpo de Jesús, pero fue en vano, al atardecer regresaron las barcas sin éxito.

Fernando Aguirre era un marinero ejemplar; fuerte, sano, moreno, tenía el pelo acaracolado y una barba dura y cerrada, solía subirse al palo mayor a desenredar las velas con más rapidez que los demás, y cuando, para mantener a los hombre ocupados, se organizaban competiciones casi siempre resultaba vencedor.

Era natural de Ávila y había llegado a la marina cuando ya contaba con veinticinco años. Había emigrado junto con sus padres en la repoblación del reino de Murcia y se había quedado seducido por el mar en Cartagena, de tal manera que le dedicó toda su vida.

A Fernando se le echó de menos al atardecer del quinto día cuando cubríamos la travesía entre Alicante y Almuñécar, aunque fondeamos en Cartagena y en Adra no llegamos a entrar a puerto. La desaparición de Fernando pudo ocurrir incluso el día antes, pues nadie le vio ni echó en falta desde entonces.

Por último Salvador Garrigues, rondaba los cuarenta años, era vigía, tenía una vista excelente, pero sobre todo su mayor agudeza era la auditiva, cuando había niebla, oía a gran distancia las campanas de otros barcos, y rápido avisaba al oficial de guardia indicándole inclusive el lugar por donde se oían los sonidos, efectivamente, el oficial maniobraba y al poco rato aparecía el buque por donde había dicho Salvador. Nunca tuvimos ningún altercado importante estando él de vigía, gozaba de buena fama en su trabajo, aunque una vez acabada su labor era bastante pendenciero y bebía de más con alguna frecuencia, entonces perdía la razón y originaba con asiduidad altercados en los que él era el principal protagonista, aunque no solía salir bien parado de ellos.

La desaparición de Salvador fue la más misteriosa de todas las habidas hasta entonces. A resultas de ella, en la tripulación se desataron miedos sin par: que si el barco estaba embrujado, que si una maldición, que si los espíritus del mar...

Y digo lo de desaparición misteriosa porque Salvador subió a la cofa a eso de la media noche, era noche cerrada y oscura como pocas, no había lluvia y no la habría en tres o cuatro días hasta comenzar el cuarto creciente, la oscuridad era total, y aunque las estrellas lucían espléndidas y luminosas, brillando como nunca, al nivel de la superficie no se veía nada.

Pasadas tres o cuatro horas el serviola dio aviso al alférez de que tres cuartos a babor se divisaban las luces de un navío y que no había sido avisado por el vigía. Se despertó al capitán y éste mandó que se calculara la distancia y que se asegurase de la dirección de éste y si podía, además, comprobar qué clase de barco era.

Instantes más tarde, el serviola comunicó al capitán sus cálculos, éste los estudió con detenimiento, recapacitó un poco, y se sentó junto al timonel, mandó a un marinero que subiera a la cofa a buscar a Salvador, a ver si había tenido algún mareo, pero al llegar arriba no encontró ni rastro de él. Había desaparecido en toda la extensión de la palabra. De repente gritó el serviola:

—Capitán, capitán, el barco ha virado, se dirige hacia nosotros.

—Alférez, ordenad zafarrancho de combate, rápido.

El alférez hizo sonar la campana con toda la fuerza de su mano, los marineros bajaban veloces a despertar al resto de artilleros, y a los servidores de los cañones. En un momento el revuelo que se formó fue impresionante, hombres hacia acá, hacia allá, todos corriendo, subiendo a una cubierta, bajando de otra, arrimando los cañones a su embocadura, asegurándolos y amarrándolos a la cubierta correspondiente.

En pocos minutos el buque estaba dispuesto para repeler cualquier ataque. En este tiempo el otro barco se había acercado considerablemente, estábamos a tiro el uno del otro, pero no se veía actividad de antorchas en sus cubiertas, por lo que el capitán fue muy cauto en tomar una decisión que nos pusiera en peligro.

El serviola de babor hizo unas señales al otro barco y éste le respondió, al poco rato se empezó a notar cómo viraba a estribor y empezó poco a poco a alejarse hasta que desapareció en el horizonte.

La tensión acumulada se tornó en un suspiro de tranquilidad al comprobar el capitán que todo había pasado ya. Mandó que todos los tripulantes excepto los de guardia bajaran a los sollados a descansar y que se reemplazara a Salvador. Nunca más supimos del infortunado.



***Cala del Rincón de la Galera, Cabo de Palos.***

***Domingo 12 de septiembre de 1563.***

***Buque de guerra San Andrés.***

La noche había transcurrido con absoluta normalidad, después de haber preparado todos los documentos y evocar aquellos días terribles, me había dormido plácidamente acunado por el vaivén del barco. A mí, como amanuense me correspondía uno de los pocos catres que había en el barco, el grueso de la tripulación dormían en coys, que desenrollaban todos los días para acostarse.

Después del desayuno, fui llamado a la cámara del capitán, a donde me dirigí inmediatamente con toda la documentación que había recopilado. Llamé a la puerta.

—Adelante —dijo el capitán.

—Con vuestro permiso, a vuestras órdenes —respondí.

—¿Tenéis los datos que os pidió Hernán de Mohedano? —Me preguntó Losilla.

—Sí señor.

—Dádmelos, yo se los entregaré personalmente.

Se encontraba sólo en su despacho, por lo que la ausencia de Hernán me extrañó en un principio, aunque más tarde no le di la mayor importancia.

—Tomad mi capitán. ¿Ordenáis algo más?

—Nada más, retiraos.

—A vuestras órdenes.

Al salir me dirigí a mi escritorio para poner en orden mis papeles y recopilar otros datos. Intentaría, mientras tanto, recordar si había algún otro hecho que fuera relevante en todo este embrollo.

Mi escritorio, estaba a poca distancia de la cámara del capitán. Hernán se me anticipó y cuando entré, ya estaba junto a Losilla charlando de otros asuntos que no tenían que ver ni con el barco. Inmediatamente dejaron dicha conversación, centrándose en los asuntos que nos tenían ocupados.

Hernán me pidió que le hiciera una copia literal de cada uno de los documentos que le entregué al capitán. Me hicieron ir a por papel y una pluma, para que allí mismo copiara todos los documentos.

Volví con mi escribanía y me senté en una mesita auxiliar y empecé a transcribir. Copié durante de tres horas, tiempo en el que el capitán y el mayor siguieron sus conversaciones como si yo no estuviera presente, pues la confianza del capitán en mi

era absoluta. Mientras tanto yo, que estaba afanado en mi trabajo pude escuchar algunas frases de la conversación que mantenían, pero para mí carecía de interés por lo que no presté mayor atención.

Al finalizar mi transcripción, me reuní con ambos de nuevo, comprobaron la veracidad de los manuscritos, ambos firmaron en la copia y yo hice lo mismo, oficializando así los documentos.

Hernán sacó de su cartera un pergamino con el sello real donde resumió sus conclusiones, una vez finalizado, le explicó al capitán su decisión de abandonar el buque no pasando más de un día, y le advirtió de nuevo que contratar tripulantes para el barco sólo le estaba permitido a la autoridad competente y que en él no recaía esta competencia. No obstante al llegar a Cartagena se encargaría personalmente de que sus necesidades fueran atendidas con agilidad. Al día siguiente abandonó el barco. Para entonces el temporal había amainado.

